

De près et de loin Claude Lévi-Strauss

Ed. Odile Jacob, París, 1988



PROVECHANDO la complicidad de Didier Eribon y del cómodo género literario del libro-entrevista, Claude Lévi-Strauss, el célebre etnólogo es-estructuralista, habla en *De près et de loin* abundantemente de su obra, de su tiempo, y un poco de su vida. Esto último ha extraviado a más de un crítico. Como no se encuentra ninguna confesión «sensacional», muchos han concluido que Lévi-Strauss decía poco y callaba mucho. Cierto, todo no tiene un igual interés, pero lo mejor ha solido ser pasado por alto: la experiencia de la vida que, en muchas páginas, va expresando con pudor y discreción, no exenta de incoherencias, a la manera de «confidencias a media voz», y que vienen a constituir la historia de un itinerario no siempre claro de una vida que, habiendo transcurrido la mayor parte de ella en una época confusa y de río revuelto —la que va de los años treinta hasta el final de los setenta—, desemboca en la vejez en el umbral de otra, todavía incierta.

La vida de Lévi-Strauss aparece, en efecto, configurada por varias soluciones de continuidad, por un haz de trayectorias cambiantes con las que el etnólogo francés no parece solidarizarse siempre. Estas rupturas se expresan en una serie de contradicciones que producen una mezcla de inquietud y sorpresa. Pues los «papeles» que la persona ha representado no parecen coincidir con ella, lo que la afecta de cierta oscuridad que es, quizá, el puente oculto por el que el autor pretende «pasar» de una época, que no aprecia mucho, a otra, con la que parece coincidir mejor. Desde las primeras líneas del prólogo nos pone sobre aviso. La memoria —que no sólo la condición de la imaginación, sino el



ámbito en el que la propia vida está presente— muestra en nuestro autor una consistencia anómala: «Tengo una memoria devastadora, autodestructora. A medida que van apareciendo voy suprimiendo los elementos de mi vida personal y profesional. En *Tristes Tropiques* dije que tengo una inteligencia neolítica: no capitalizo ni hago fructificar lo adquirido. Soy más bien alguien que se desplaza por una frontera siempre moviente. Sólo cuenta el trabajo del momento. El cual, rápidamente, se aniquila. No tengo el gusto ni siento la necesidad de conservar su traza.» Lo cual, confiesa, es molesto, ya que cuando precisa recordar algo, resulta muy dificultoso. Pero, dejando de lado el hecho de que se acuerde de bastantes cosas, esta anomalía de la memoria proviene de otra: su anómala instalación *credencial* en la vida. «El hombre —escribe— tiene que vivir, trabajar, pensar, guardar ánimo sabiendo que no estará siempre en la tierra, que un día dejará de existir, que no quedará nada de ninguna de sus obras. Mi "filosofía profunda" tropieza con esta contradicción y se inclina ante ella. Por un lado, mi fe va al conocimiento científico... A su vez, cada problema resuelto, o que creemos tal, hace surgir otros nuevos y así indefinidamente... Por otro, si el conocimiento científico nos lleva a lo inmensamente grande y pequeño, nos muestra también nuestra insignificancia. Aunque la humanidad y la tierra desapare-

can, nada cambiará en la marcha del cosmos. De aquí una última paradoja: no tenemos la seguridad que este conocimiento que nos revela nuestra insignificancia tenga una validez cualquiera.» Este escepticismo radical no es muy consistente y Lévi-Strauss es consciente de ello al poner entre comillas lo que llama su «filosofía profunda». Sobre cimientos tan endeble es en efecto imposible construir nada, dar un paso, y el voluntarismo que predica de «hacer como si» es, en realidad, una no disimulada llamada a abandonar las mañas intelectuales del positivismo arcaico que han estado de moda desde hace más de un siglo y a recuperar la memoria. Bajo el pretexto de que la razón es incapaz de aclarar todos los enigmas, d.e que la realidad desborda toda teoría, Lévi-Strauss se agarra a esa evidencia para incitarnos a recupera formas y valores para que la vida siga.

Claude Lévi-Strauss ha nacido en Bruselas en 1908, donde su padre, que era pintor, había ido para realizar ciertos contratos. Pero a los dos meses volvió a París, de donde su padre era y en donde se había casado con la hija de un rabino. A pesar de ello sus padres no eran creyentes, y el pequeño Claude vivió en un mundo de artistas en el que la literatura, el arte, la fe en la ciencia y el ateísmo fueron las fuentes de su formación intelectual y moral. Las dificultades materiales de la familia le obligaron, quizá por otro lado, a mantener siempre los pies en tierra, a no dejarse por completo obnubilar por el pensamiento utópico.

A los dieciséis años, un amigo belga de su padre le descubre el pensamiento de Marx, por el que de inmediato, cuenta, siente fascinación. Después del liceo prepara, sin vocación, «sólo porque no sabía qué otra cosa hacer», el concurso para entrar en la Escuela Normal, el centro universitario más prestigioso, y tras su fracaso, las licenciaturas en la Sorbona de Derecho y Filosofía. Pero durante estos años, como a otros muchos, lo que le apasiona

no son los estudios, sino la política. Miembro activo del Partido Socialista, es nombrado secretario general de la Federación de los estudiantes socialistas. Al mismo tiempo es secretario particular de un famoso diputado, Georges Monnet, y durante algún tiempo acaricia la idea de «convertirse en el filósofo del Partido». Pero una vez obtenida la agregación y comprobado su poco gusto por la enseñanza, aprovecha la ocasión que se le presenta de trabajar en el recién creado Instituto de Etnología. Unos años después marcha a Sao Paulo, en el Brasil, donde ha obtenido una cátedra de sicología y etnografía en la nueva Universidad. Allí tuvo la posibilidad de estudiar a algunas tribus primitivas, estudio sobre el terreno que fue decisivo para su carrera y que le dio a conocer en Europa y América. De vuelta a París, la guerra le obligó a marchar a los Estados Unidos, donde conoció a los etnólogos más perspicaces del momento. Su deuda para con ellos ha sido muy grande y así lo reconoce; con ellos y con el país: Lévi-Strauss es de los pocos intelectuales franceses que ha declarado su gratitud hacia los Estados Unidos.

De vuelta a París en 1948, presenta su tesis, y en 1954 publica *Tristes trapiques* que le dará una gran fama. Con la ayuda de algunos amigos, Merleau-Ponty entre ellos, consigue entrar en el Collège de France en 1958 donde ha enseñado etnología y antropología hasta hace muy poco tiempo. Por cierto, fue Merleau-Ponty, cuenta, quien le puso al corriente en Nueva York, en 1945, de la significación del movimiento existencialista: «una tentativa para establecer la gran filosofía, en la tradición de Descartes y Kant». Dejando de lado la ambigüedad que suponía la referencia a la tradición del racionalismo idealista —y el silencio respecto a la inmediata tradición bergsoniana—, cuando se conoce el foso que media entre la pretensión y la realización de ese movimiento, se ve hasta qué punto la trayectoria cultural de

una nación puede ser frágil, estar a la merced de la frivolidad de unos pocos, los cuales, ayudados por las propagandas venidas de los más diversos lugares, son capaces de pervertir un movimiento de renovación filosófica, el que se había iniciado en la última década del siglo pasado con los primeros libros de Bergson y Blondel. El propio Lévi-Strauss explica el lamentable paradero del existencialismo francés al subrayar que su máximo exponente, Jean-Paul Sartre, no puso su gran talento al servicio de la verdad, sino al de su ansia de poder social, que no dudó promoverse con los peores partidismos.

Siendo profesor en el Collège de France es cuando Lévi-Strauss ha publicado sus libros más técnicos, *Antropologie Structurale* y la serie de *Mythologiques*, obras que han confirmado y aumentado su fama. Lo curioso es que *tampoco* se solidariza con ellas. A la pregunta de cuál de sus libros prefiere, la respuesta es estupefaciente: «No puedo decírselo. Porque si vuelvo a releerlos me parece que ha sido otro quien los ha escrito. No son mis criaturas.» No es fácil, como se ve, encontrar los nexos entre las diversas contradicciones y rupturas que jalonan su vida. Ni siquiera la elección de su trabajo ha tenido que ver gran cosa con eso que se llama vocación. «Para varios etnólogos, y no sólo para mí, la vocación etnológica fue quizá un refugio contra una civilización, contra un siglo en el que no me sentía a gusto. Esto no ha sido verdad en todos. Margaret Mead, por ejemplo, se sentía solidaria de su sociedad y de su tiempo, quería servir a sus contemporáneos. Si yo he mostrado a veces una posición análoga ha sido por conveniencia y con desgana.»

El estudio de los pueblos primitivos, sin embargo, ha ido despertando en Lévi-Strauss la virtud de la responsabilidad intelectual. Frente a la botaratería de tantos de sus colegas contemporáneos. Lévi-Strauss, habiendo comprendido lo que significa ser

hombre, advierte ahora a los más jóvenes que la humanidad sólo es posible si se respetan y cumplen ciertas condiciones, la primera de las cuales, subraya, es la de respetar la memoria inmemorial del primitivo y, con ella, la de las grandes civilizaciones que sobre ese cimiento se han levantado. Tarea, pues, de recuperación del pasado, de enraizamiento, que compara con la pretensión que anima a Don Quijote. «El don quijotismo, me parece, es principalmente un deseo obsesivo de encontrar el pasado detrás del presente. Si por casualidad algún original sintiera la preocupación de saber qué personaje he sido, le ofrecería esta clave.» Del quijotismo a la antropología estructural o, más bien a la inversa, ¡quién lo hubiera podido adivinar! Y sin embargo, el mensaje que quiere retransmitirnos Lévi-Strauss es claro: ser hombre es, pase lo que pase, tener aventuras, el drama de un inevitable fracaso que cada hombre y cada época tiene que tener el coraje de afrontar. Pues, a pesar de la muerte, el universo es un misterio y, sugiere Lévi-Strauss, ¿quién sabe?

Lo esencial es no capitular ante el desaliento, afirmar su personalidad y lo que se piensa valioso. «Las sociedades se mantienen porque son capaces de transmitir de una generación a otra sus principios y sus valores. A partir del momento en que no son capaces de hacerlo es que están enfermas.» Él «*Place aux jeunes!*» —¡Sitio para los jóvenes!— es la expresión, no de la generosidad de los mayores, sino de su dimisión, del abandono de su misión de retransmitir la herencia de humanidad que han recibido. Nuestro tiempo está enfermo de irresponsabilidad, de coraje, de falta de convicciones. Pero, además, si lo humano tiene una «estructura» única, su contenido real es multiforme y diverso, y la relación entre las diferentes formas de la vida es el motor que permite la creación de otras nuevas, esto es, el enriquecimiento del hombre. Por eso cada cultura tiene que man-

tener frente a las demás su peculiaridad, defenderse contra la uniformización devastadora. Hay que estar abierto a los demás, respetarlos, conocer su historia irreductible, pero sin dejar de ser si mismo. «Cada cultura debe mantener su estilo de vida, su sistema de valores, sus particularismos. Esta disposición es la sana y no, como quieren hacernos creer, la patológica. Cada cultura se desarrolla gracias a sus intercambios con las demás. Pero es preciso que cada una de ellas ofrezca cierta resistencial, de lo contrario se encontraría muy pronto sin nada propio que cambiar.» Pues si se llega a ese extremo no sólo se pierde la identidad, sino que con ella se aliena también la libertad. «Se ha conseguido meter en la cabeza de las gentes que la sociedad tiene que estar configurada por el pensamiento abstracto, cuando está hecha de costumbres, de usos, y que destruyendo a éstos en los molinos de la razón, se pulverizan los modos de vida fundados en una larga tradición, se reduce a los individuos a átomos intercambiables y anónimos. La libertad verdadera no puede tener más que un contenido concreto: está hecha de equilibrios entre los diferentes grupos sociales y de pequeñas solidaridades.» Puñado éste de verdades que todos debieran meditar largamente.

Elegido a la Academia Francesa en 1973, la literatura, la música, el arte ocupan un lugar destacado entre las preocupaciones de Lévi-Strauss. Confiesa que le hubiera gustado escribir novelas a lo Conrad y, más todavía, obras de teatro. Pero hijo de pintor, sobre lo que más ha reflexionado ha sido acerca de la pintura, y con mayor agudeza. Para él, la pintura es pintura de lo real, no color sin forma o soporte de formas caprichosas y arbitrarias. Por eso, la pintura del siglo XX, salvo algunas obras excepcionales, le parece —como el siglo— la expresión de una dislocación y de un naufragio. «Para mí, el oficio de pintor consiste no en la reproducción, sino en la recrea-

ción de lo real. La exactitud con que los pintores holandeses de bodegones de los siglos XVI y XVII, por ejemplo, intentan expresar la textura de un trozo de queso, la transparencia de un vaso, el vello de una fruta, tiene un valor que proviene del hecho de establecer una equivalencia entre los efectos físicos y las operaciones intelectuales que implica el trabajo del pintor. Éste ofrece así del mundo sensible un «forro» inteligible. Nos ayuda a comprenderlo por dentro.»

Este libro de Claude Lévi-Strauss, que hubiera podido llevar como subtítulo *la sagésse re-trouvée*, viene, con otros muchos, a confirmar un cambio profundo de mentalidad y, con él, el inicio de una época nueva. Nuestro tiempo, hastiado de utopía y nihilismo, de frivolidad y egoísmo, está empezando a sentir la urgente necesidad de recuperar ciertos valores y principios; para poder continuar creadoramente una civilización, la nuestra, sin la que las demás, cada día se ve con mayor claridad, entrarían en una era de tribulaciones e incertidumbre indefinidas. Para poder continuar todos juntos dentro de la variedad irre-nunciabile, la historia del hombre.

Juan del Agua

La prensa, cuarto poder

Antonio Alférez

Cuarto poder en España.
Barcelona, 1987, 299 págs.



N este final de siglo, tal clasificación podría muy bien revisarse. Algunos de los que invocan el fin de la era montesquieu-niana encontrarían en su preponderancia argumentos no del todo desdeñables. Los medios audiovisuales no la han desahogado de su trono, y acaso ni siquiera han carcomido el pedestal

en que la ha colocado la cultura burguesa, en gran parte obra suya. Los que forman la opinión se alimentan y se expresan a través del medio periodístico. Desde Goebbél al Irangate nada ha cambiado sobre la función del periódico y el periodista en la sociedad occidental.

Acerca de tan recurrente temática trata este libro, adornado de todas las buenas cualidades del gran reportaje. Información depurada, agilidad, brevedad, hacen, junto con su estilo, que su lectura sea tan grata como provechosa.

La tesis central es bien clara. En las complejas sociedades de la actualidad, la prensa es un poderoso fermento de progreso y un baluarte de la libertad. Sus servicios a la causa de ésta en las postrimerías del franquismo y a lo largo de toda la inacabable transición han sido de primer orden. Y en este punto, el autor se convierte en historiador o, mejor dicho, en genealogista. Las grandes líneas del periodismo español de los dos últimos decenios son analizadas con objetividad y pulcritud, añadiendo a veces a su sobrio inventario sabrosos recuerdos personales o datos de cosecha propia. Todos los «grandes» del periodismo nacional tienen su debido espacio en la obra, que a veces abandona el ámbito madrileño o barcelonés para hacer alguna incursión muy frutiva por el Levante o el Finisterre peninsulares. Los tártagos de aventuras de esta prensa encuentran en Alférez un estudioso tan sereno como comprometido, pagando tributo a gloriosas ancianidades —Manuel Aznar (t 21-XI-1975—) o supervivientes legendarios —Luis Calvo—, y rindiendo aplauso a la nueva generación —Luis M.^a Ansón, Pedro J. Ramírez, Juan Luis Ce-brían...—, sin olvidar los hombres puente, de tan importante y, a veces, tan olvidado papel —Horacio Sáez Guerrero, Antonio Guerrero, Jesús de la Serna, etc.—. La conjunción de tantos esfuerzos y un legado en muchos aspectos valioso determinan que el periodismo español de este fin

de siglo haya afrontado con éxito el desafío de la revolución tecnológica y su adaptación a nuevos sistemas informativos, si no muy especialmente al cambio de sensibilidad del público. Para el autor, el estado de la prensa española es reconfortante y esperanzador, sin que sean de esperar a corto plazo sustanciales modificaciones.

Extremos hay de este apasionante mundo sobre los que el lector de la obra hubiera deseado tal vez una aportación más sustantiva y morosa que la proporcionada al desgaire por Antonio Alférez. Los Consejos de Administración y las fuerzas económicas en ellos presentes directa o indirectamente es, claro está, uno de esos aspectos. Noticias hay de sobra en sus páginas para observar el peso y el ascendiente incontestable de la banca. Así, por ejemplo, el de la familia March en *Informaciones* o el de los Valls Taberner en el desaparecido *Madrid*. Pero aunque se pueden coleccionar dichos datos e intuir otros, éste es uno de los flancos más desguarnecidos de la obra. Como todo lo relacionado con el gran capital, el asunto es de difícil indagación, pero se tiene la sospecha, acaso infundada, de que un autor tan meticuloso y sereno era el más adecuado para profundizar en él, descubriendo o revelando panoramas de innegable interés para el conocimiento no sólo del medio periodístico, sino de toda la estructura de poder de la España actual.

Quizá también otro gran tema, como es el de la prensa y política, habría tenido que ser abordado de manera específica en las bien escritas páginas del libro que nos ocupa. Mas el enfrentamiento con él habría sin duda desbordado las proporciones de la obra y los propósitos del autor. Éste es quien tiene que trazar sus caminos y señalar sus metas. Unos y otras se han recorrido y logrado con plena seriedad y rigor. En la ciencia —y también en el periodismo...— es lo único que cuenta.

José M. Cuenca Toribio

Poetas españoles de posguerra

Manuel Mantero

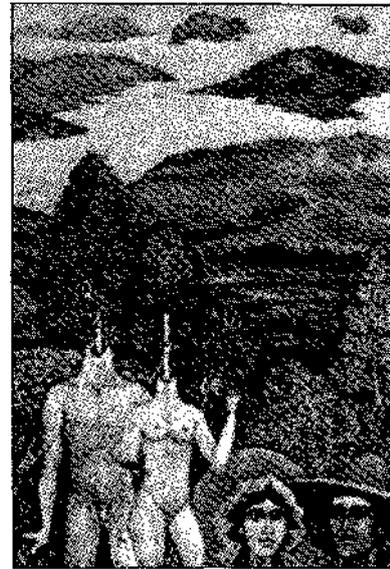
Vol.3 de la colección
Espasa-Universidad, Editorial
Espasa-Calpe, Madrid, 1986.

E

L autor —poeta insigne él mismo— realiza en este libro —580 págs. en 4.º— el minucioso análisis de la obra de once poetas de los años 40; a saber: José Luis Hidalgo, Vicente Gaos, Carlos Bousoño, Blas de Otero, José Hierro, Rafael Morales, Ramón de Garciasol, Ricardo Molina, Rafael Montesinos, Camilo José Cela y José García Nieto, que constituyeron —a su juicio— la promoción de tales años y de los que afirma que estuvieron a la altura de las circunstancias, pues fueron existenciales y sociales cuando en Europa así se era, y porque, en cualquier caso, mantuvieron una peculiar ética y patética y, sin ellos, la cultura de España sería otra, y no sabemos —añade— si mejor.

Obedecieron unos a tendencias «céntricas» —en cuanto que «céntrica» es la poesía oficial, la que se registra por la crítica, por los mismos poetas y por los lectores—, y así califica a Hidalgo, Gaos, Bousoño, Otero, Hierro, Morales y Garciasol. Otros, en cambio, siguieron tendencias «excéntricas», en cuanto que hicieron una poesía ajena a las tendencias usuales, vivida fuera de los «centros», y así Molina, Montesinos, Cela y García Nieto, si bien unos y otros escribieron poemas clasificables en cualquiera de las dos tendencias.

«Céntricos» eran entonces el formalismo —impuesto por la revista «Garcilaso»—, el existencialismo —vigente desde *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso—, y la poesía social. Existencialistas y sociales fueron así Hidalgo, Gaos, Bousoño, Otero y Hierro. «Ex-céntricos» fueron, en cambio, el orfismo de Molina, el po-



pularismo de Montesinos, el irracionalismo de Cela y de algunos poemas de Hierro y de Bousoño, y la busca esencial de Dios característica de la poesía de García Nieto.

El autor dedica clarividentes ensayos individuales a cada uno de esos once poetas, examinando sus ideas y tendencias, pero también su estilística, su léxico, la configuración de sus estrofas, los símbolos por ellos empleados. Y al terminar tales ensayos, traza un resumen general del *ethos* y del *pathos* comunes a todo el grupo.

Señala en él como esencia de su patetismo la tensión entre dos polos que, en lo divino, es tensión entre Dios y el hombre, lo ascensional y lo inferior, el amor humano y el pecado; en el tiempo, tensión entre la vida y la muerte, el presente y la infancia, la primavera y el otoño e invierno, o entre la primavera y la muerte o la nada. Que, ante la Naturaleza, se presenta como tensión entre ella y el mundo urbano, o entre la fuerza y la inocencia; que ante la propia persona, es tensión entre el Yo y el Nosotros, entre lo objetivo y lo subjetivo; y ante el lenguaje, lo es entre lo narrativo y lo lírico, la forma y el sentimiento, la angustia metafísica y el juego idiomático, entre la palabra sencilla, po-

pular, y la «literatura», entre planos dispares o entre oraciones gramaticales y su carga semántica por medio de la adversación.

Y por lo que se refiere al *ethos* común del grupo, a su forma de ser poetas, todos ellos aspiran en lo individual a ser cada uno como es, a defender su personalidad, proclamando la verdad, la libertad y la autenticidad. Atacan, en lo colectivo, la moral burguesa y la sociedad oficial; no están conformes con lo establecido, combaten por la libertad de los otros, y abogan por la fraternidad la justicia y la paz.

En su lenguaje, en lo meramente fónico, se lleva la palma la exclamativa: usan la interrogativa, las pausas, el prosaísmo; emplean rica variedad de estrofas. Su morfosintaxis se caracteriza por las enumeraciones, el empleo del imperativo, el futuro profético y el encabalgamiento. Su léxico es existencialista, pero, otras veces, dulce y esperanzado. Apenas emplean neologismos, pero sí juegos de palabras e hipérbolos, y sus palabras suelen ser las usuales. Pero es muy grande en ellos el uso simbólico de las palabras y los temas, y el autor se complace en agrupar e individualizar a la vez los símbolos que todos y que cada uno de ellos suelen utilizar.

El autor termina la obra afirmando que la gran lección de todo ello es la ya sabida de que en todo poema se debe buscar al hombre. Todo lo cual y por encima de todo, los respectivos análisis de cada poeta, constituye un libro denso, minucioso, atento al matiz y a la variante, al rasgo personal y al valor genérico: un libro que, como el mismo autor añade, «es el primero en estudiar minuciosamente los poetas de posguerra» y que lo hace, además, con tino y con hondura. Da a entender el autor que le han de seguir tomos análogos dedicados por él a otras promociones de poetas contemporáneos. Ojalá que así sea, y pronto. Todos juntos constituirán una obra relevante.

L. H. L.

El libro de Marco Polo, anotado por Cristóbal Colón, y El libro de Marco Polo, versión de Rodrigo de Santaella

Edición en un solo volumen, introducción y notas de Juan Gil. Vol. 500 de la colección *Alianza-Universidad*. Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1989.

J

UAN Gil junta en este volumen dos clásicas ediciones de «El Millón», de Marco Polo: la latina del dominico bolones fray Francisco de Pepuris, impresa en Amberes, en 1485, y la española del maestro sevillano Rodrigo de Santaella, datada en Sevilla en 1518. La primera, conocida por Cristóbal y por Diego Colón y anotada de sus manos; la segunda, utilizada por los cosmógrafos de la Casa de Contratación y por los navegantes y descubridores posteriores. En su introducción se concretan los problemas relativos a las fechas de conocimiento de ambas ediciones por los Colón y se aportan multitud de datos sobre las huellas que Mar-

co Polo pudo haber dejado en Francisco Pinelo, Juan Sebastián Elcano, Luis Fernández de Soria o Alonso de Chaves, trazando así un vivo retrato de lo que fueron los conocimientos náuticos de algunos personajes clave de la Sevilla del Descubrimiento. La transcripción de ambas ediciones es cuidadosa y accesible para los hombres de hoy. Marco Polo sigue contándonos las maravillas que vio, y sus relatos se nos continúan imponiendo por su juvenil lozanía, por su estupefacción ante lo que vive y ve, por su fidelidad al referimos las costumbres tártaras y las figuras de Kubly Khan y de Timur, los fascinantes paisajes del Oriente, las leyendas, los acontecimientos fabulosos que presencia. Y el libro de Juan Gil nos lo ofrece con las notas y aclaraciones precisas para que comprendamos mejor cómo pudo influir en la interpretación, equivocada o verdadera, de quienes estaban descubriendo maravillas iguales o mayores que las que el veneciano había visto. De aquí su utilidad y el interés de todas sus puntualizaciones.

L. H. L.

Aula de Cultura. El Correo Español-El Pueblo Vasco. Curso 1987-88

VV. AA.

En edición de Elena Mariezcurrena y José Manuel Azcona. Dirección y prólogo de Fernando García de Cortázar. Bilbao, 1988.

R

ecientemente y siendo fiel a su cita anual, más bien compromiso ya ineludible, el Aula de Cultura de El Correo Español-El Pueblo Vasco ha publicado un volumen más —el que ya hace el número 6— de su colección de libros. El hecho de recoger y hacer



perdurar en un libro las conferencias, mesas redondas y coloquios organizados por el Aula durante el curso 1987-88 es ya de por sí una labor digna de mención, que, sin embargo, alcanza mayor significación por lo que supone de continuidad y consolidación de la obra emprendida hace tiempo por el periódico de mayor difusión en el País Vasco en favor de la cultura. Efectivamente, hace algunos años el Correo decidió aceptar el reto de, además de informar, contribuir a la renovación de la sociedad vasca mediante una serie de encuentros culturales que permitieran el acercamiento de grandes personajes a la mayoría de la población. Así, desde entonces, el Aula de Cultura, sin olvidar los principios que originaron su fundación, ha sabido captar las inquietudes culturales del pueblo vasco y satisfacerlas, en la medida de lo posible, congregando a un público cada vez más numeroso que acude a escuchar a un prestigioso plantel de conferenciantes que representan a todas las expresiones culturales de nuestro tiempo.

Esta filosofía aparece perfectamente plasmada en el libro que ahora nos ocupa, cuya principal y más significativa característica, la variedad, puede advertirse al contemplar su portada. En efecto, gracias a un magnífico juego de símbolos, luces y sombras, se nos quiere indicar que el libro que tenemos en las manos va a intentar encender una luz para que, de la mano de los distintos y distinguidos conferenciantes (entre los que debemos destacar, no sólo por su colaboración en el Aula, sino por lo eminente de su labor en sus respectivos campos, a Ricardo de Ángel, Francisco J. Ayala, J. A. de Abrisqueta, Moncho Alpuente, Pedro Delgado o Shlomo Ben-Ami), podamos entrar de lleno en los más variados y diversos ámbitos de la cultura. Tan sólo una rápida ojeada por los títulos de las conferencias, nos hace percatarnos de que ante nosotros tenemos la posibilidad de desplazarnos cómodamente desde las Ciencias Socia-

les a la Biología o desde el Derecho al mundo de la técnica sin olvidarnos de hacer escala en la literatura, la medicina o el deporte.

La lectura detallada del libro nos va a brindar la ocasión de descubrir, recordar o aprender numerosas cosas. Y es que, a través de poco más de trescientas páginas se nos va a permitir viajar por el mundo de los espíritus o, si no, darnos un paseito en bicicleta (los más atrevidos pueden incluso, si lo desean, llevar a algunos animalitos ponzoñosos como compañeros de viaje) para llegar a Francia y comprobar la imagen que allí se tiene sobre nuestro país o, casi mejor, nos quedamos un poco más cerca y visitamos el Museo del Prado observando las enfermedades de los personajes que aparecen en los cuadros. Ya que hemos topado con los médicos, no estaría de más escuchar sus sabios consejos para conquistar la salud mental, lo que, sin duda alguna, mejorará con creces nuestra calidad de vida.

Y, ya más relajados, podremos dedicarnos a descifrar algunas de las claves del pasado político del País Vasco o a leer «La vida nueva de Pedrito Andía», para, así, mejor entender y sentir el País Vasco de la actualidad.

Finalmente, podremos entrar en el mundo de la biología para ver cuál es la influencia de ésta en el comportamiento humano, o deleitarnos con los curiosos pleitos de la vida privada de algunas personas, sin dejar de pensar en que también debemos preocuparnos por la juventud de nuestro tiempo y la evolución que ha seguido desde mayo del 68 o incluso, ¿por qué no?, podremos intentar predecir cómo será la juventud del año 2000, hacia dónde nos lleva la nueva genética o, más difícil todavía, cuál será el futuro del Universo.

En definitiva, no puede pedirse más en tan poco espacio. El libro rebosa, sin duda, amenidad, interés y variedad por todas partes, respondiendo a las inquietudes de muchos y reflejando las tendencias más actuales de casi

todos los campos de la cultura del momento en que vivimos. Por eso, el sexto volumen de la colección del Aula de Cultura merece ser destacado como reconocimiento a una encomiable labor de la que pueden y deben sentirse orgullosos, tanto el Aula como el Correo, pero no para conformarse con lo ya alcanzado, sino para continuar en el empeño de mantener siempre viva la llama de la cultura en todas y cada una de sus expresiones.

**Anabella Barroso
Arahetes**

Zenobia y Juan Ramón en el exilio

Cuadernos de Zenobia y Juan Ramón, I. Los libros de Fausto. Madrid, 1987, 94 páginas.

L

A editorial *Los libros de Fausto*, fundada y dirigida, en 1981, por el poeta y crítico Arturo del Villar, inicia la serie *Cuadernos de Zenobia y Juan Ramón*, al conmemorarse (septiembre de 1987) el centenario del nacimiento de Zenobia Camprubí Aymar, esa figura inseparable de la vida y la obra del poeta de Moguer. Es un homenaje a la esposa, secretaria, musa y enfermera de quien el 29 de mayo de 1958 murió en Puerto Rico y fue sepultado, junto con su compañera, en el pueblo nativo. Terminaba así un largo exilio y se hacía verdad el premonitorio verso: «*Cuando esté con las raíces / llámame tú con tu voz. / Me parecerá que entra temblando la luz del sol*».

En noviembre de 1937, Zenobia y Juan Ramón salieron de Madrid, en pleno acoso de la ciudad, hacia Cuba. Habían intentado entregarse al cuidado de los niños. El pretexto, digamos, de la huida fue la misión cultural

de la que el poeta se responsabilizaba. Allí, en Santiago, comenzó la odisea del matrimonio. Gabriela Palau de Nemes exhuma esa parte del *Diario* de Zenobia que comprende desde el 2 de marzo de 1937 hasta el 1 de abril y se continuó, con intermitencias, hasta 1956. La fecha de apertura de esas anotaciones coincide con el veintiún aniversario de la boda en Nueva York. Zenobia, de forma muy concisa, alude a su propósito de aprender a cocinar, haciendo compatible este quehacer y otros domésticos con la ayuda al marido. «*Nada me hubiera hecho partir —dice— si se hubiera tratado de evitar la guerra de afuera, pero desde la primera vez que me enteré de los atroces asesinatos secretos estaba loca por irme... El mero hecho de no luchar para evitar un crimen es consentimiento tácito.*» Zenobia asiste, sin Juan Ramón, a las conferencias de don Ramón Menéndez Pidal, con quien se reúnen ambos. Afloran los problemas económicos; confiesa haber pasado por una crisis religiosa que califica de tormentosa. Su obsesión por las criaturas abandonadas no cesa: «*compré un billete de lotería y la mitad de lo que pueda ganarme será para lo niños de España*». Las últimas líneas se refieren a una tentativa de paz en España. Era el Día de los Inocentes.

En un trabajo titulado *Juan Ramón y la poesía cubana*, María Teresa Font describe un importante episodio de este doble peregrinar: el encuentro con los líricos de un país en el que se trasparecen vetas muy andaluzas. Femado Ortiz, presidente de la Institución Hispanocubana de Cultura, habla invitado a Juan Ramón para que diese unas charlas. Poemas suyos aparecerían en diversas revistas, y en algunas de ellas se insertaron trozos de su *Diario poético* (1936-37). También quiso aprovechar

su estancia para hacer declaraciones sobre la guerra española: «*Yo no he sido nunca político activo, no lo soy, pero mis simpatías han estado siempre con las personas que representan mejor, por su calidad intelectual y moral, la República democrática española.*» Esa actitud fue inalterable. Por iniciativa del poeta se hizo una antología: *La poesía cubana en 1936*, donde fueron incluidos 63 autores. En el prólogo hay un gran elogio de José Martí y de los componentes de la nueva hornada: Nicolás Guillén, Ba-llagas, Eugenio Florit (el más próximo a Juan Ramón), Marta Aguirre, Dulce María Loynaz... El influjo de la presencia del *Andaluz Universal* no tarda en percibirse, asimismo, a través de la revista *Orígenes* y sus colaboradores: Lezama Lima, Cintio Vi-tier, Fernández Retamar, Gastón Saquero, Octavio Smith, Ángel Gazola... Este grupo era defensor a ultranza de la lírica pura.

La poesía última de Juan Ramón como poesía de senectud, que firma Francisco Javier Diez de Revenga, subraya el hecho, nada frecuente, de que la etapa de la vejez entrañe una auténtica culminación. *Dios deseado y deseante*, que motivara aquel viaje por el mar hasta Buenos Aires, y, sobre todo, *Espacio*, son piezas en las que, respectivamente, se encaja la búsqueda de un dios y el universo que infunde la nostalgia, el rito mágico de la memoria. Diez de Revenga explica que el sentido de la eternidad tiene para Juan Ramón un símbolo: el olmo, que, a su vez, es imagen de las mutaciones de la naturaleza. *De ríos que se van*, el conjunto postrero de poemas, hace de la soledad y la muerte ejes a que se ajustan los sentires juan-ramonianos lejos de la patria y su esperanza de eterno retorno, como el de los árboles.

Hace más de treinta años que ocurrieron, en Puerto Rico, hechos que Francisco Hernández

Pinzón cuenta en el detallado testimonio que titula *Zenobia y Juan Ramón en Maguer*. El sobrino del poeta, depositario y activo promovedor de cuanto implique estudio y resonancia de lo que se le confiara, evoca aquellos días, entre 1955 y 1958. Se suceden la enfermedad de Zenobia, su deseo de que Juan Ramón volviese a España, la muerte de ella, pocas fechas después de que el Premio Nobel fuese la más triste gloria imaginable, el progresivo hundimiento del superviviente, su fin y, en especial, las tensiones habidas, el tira y afloja entre el rector de la Universidad de Puerto Rico, Jaime Benítez, y Hernández-Pinzón, en nombre de la familia, hasta que la voluntad reintegradora ganó, como era lógico, la partida, y Moguer sería destino para el reposo de los cuerpos.

Por último, Ernestina de Champourcin recuerda en... *Y Zenobia* su relación con ésta y su esposo, en España y en el exilio. Subraya los rasgos de una mujer excepcionalísima: su alegría y la virtud de situar los hechos en su sitio pese a algún esfuerzo ajeno, bien o mal intencionado, por confundirlo todo; la actitud tolerante ante el acoso de algunas admiradoras del marido y ante él mismo, inclinado a reacciones extrañas. Para Ernestina de Champourcin no existe duda de que Zenobia supo contagiar al poeta un profundo sentido del trabajo —*el trabajo gustoso* le llamaría él—. Zenobia fue encarnadura de la entrega absoluta, signo permanente de una personalidad única y fascinante.

Cuadernos de Zenobia y Juan Ramón aspiran, como señala Arturo del Villar, a que una mínima minoría se interese por el conocimiento de dos personas singulares y unidas por el amor y la obra del primer poeta de la lengua española en el siglo veinte.

Luis Jiménez Marios